

acartonado. El estilo y la ejecución de esta escultura anuncian, de conformidad con la tradición, una obra española, ya sea realizada en la Península con materiales enviados quizás de América, ó hecha aquí por un artista europeo».

Se refieren varios milagros obrados por la Santísima Virgen mediante su santa imagen. El biógrafo del P. Esteban refiere el siguiente: «Estando aquel santo religioso en Quito, vino á él una india con una niña casi muerta en los brazos, llorando y lamentando su desgracia, y pidiéndole remedio con más lágrimas que palabras. El buen Padre la consoló y la persuadió que tuviese confianza en Dios y en su bendita Madre, que, si le convenía, darían salud á su hija. Tomó el Padre á la niña en sus manos y la puso sobre el altar de Nuestra Señora de Loreto, pidiéndole de rodillas que consolase á la afligida madre. Dentro de breve rato volvió á tomar la criatura buena y sana, con el gozo que se deja entender de la madre, que la lloraba por muerta». Los escritores afirman que existían tres cuadros donde estaban reproducidas ciertas maravillas obradas por la Virgen de Loreto, bien que han desaparecido. Pero el milagro más grande de esta santa efigie es que bajo su influencia germinara y floreciera en América aquella niña angelical, portento de la gracia, la Beata Mariana de Jesús Paredes, conocida por el simpático renombre de *Azucena de Quito*. Resumiremos en pocas líneas su seráfica vida.

### III

#### LA AZUCENA DE QUITO

Cerca de la media noche del 31 de Octubre de 1618 nació en la ciudad de Quito la niña destinada por la

Providencia para servir de modelo en América á las jóvenes, que no pudiendo ingresar en el claustro, anhelasen santificarse en el seno de la familia, la niña que debía ser un recuerdo viviente de las virtudes practicadas por la Santísima Virgen en el bendito hogar de Nazaret. Cuando Dios predestina á una criatura para un fin elevado, la previene con bendiciones de dulcedumbre, la rodea de circunstancias felices que la ayudan á cumplir su misión.

Mariana de Jesús, que venía destinada á ser un lirio de pureza, vió la luz del día en el seno de una familia noble y honrada que perfumaba á los habitantes de la capital del Ecuador con el aroma de sus relevantes virtudes, de tal modo que su casa era conocida con el honroso título de *Casa de oración*.

Era jefe de la familia el hidalgo capitán español Jerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, y casado con doña Mariana Granable Jaramillo, descendiente de los conquistadores, pero nacida en Quito. Estando esta matrona en los momentos críticos del alumbramiento quiso el cielo revelar la grandeza de la niña que iba á nacer con un asombroso prodigio. Cuantos estaban en la casa vieron aparecer repentinamente sobre la alcoba lucidísima estrella que servía de base á una esbelta palma formada de otras estrellas más pequeñas y menos resplandecientes. Por este anuncio conocieron los venturosos consortes que la Providencia les confiaba un tesoro que debía enriquecer después su hogar con inapreciables bienes, y así se dedicaron á darle una educación esmerada y digna de su sangre.

Pero quien más celaba por la niña era la Virgen Inmaculada, pues había nacido bajo las alas de su patrocinio en un sábado y á dos cuadras de la iglesia de la Compañía, donde se veneraba la imagen de Loreto. Mariana de Jesús bebió con la leche materna la tierna



devoción á la Madre de Dios. «Las primeras palabras que pronunciaron sus labios, siendo niña, fueron las del Ave María», dice el P. Morán de Butrón, el mejor biógrafo de la bienaventurada, y añade: «La devoción de Mariana á esta Divina Señora era tan fina y tan cordial, que no sabrá explicarla mi pluma. Teníala por Madre, por su Reina y Señora, y por seguro rumbo de sus acciones, valiéndose de su patrocinio en todas sus necesidades, y procurando aumentar su culto y pegar á todos su devoción. Desde que tuvo uso de razón rezó el Rosario, y después ella misma, juntando á la gente de la casa, lo rezaba en el cuarto de su sobrina Doña Juana... Las festividades de María Santísima las celebraba con especiales devociones y mortificaciones, precediendo siempre un novenario de penitencias y otras obras espirituales; y en cada festividad, con licencia de su cuñado, el capitán D. Cosme de Caso, daba alguna limosna especial á los pobres» (1).

Estos y otros generosos obsequios de la fervorosa doncella fueron correspondidos desde su más tierna edad con singulares portentos realizados en favor de ella por la Reina augusta de los cielos. Hallábase, nos refiere el mismo biógrafo, un día Mariana, siendo todavía muy pequeñuela, con un dedo tan maltratado y enfermo que para salvarle parecía no haber otro remedio que una muy dolorosa operación quirúrgica. Así se lo significó una de sus amigas; pero la niña le repuso con alegre rostro: «Aguarda, y verás cómo me curo». Postrándose entonces á las plantas de una imagen de la Virgen Santísima, oró algunos momentos, y al instante quedó completamente sana.

En otra ocasión se hallaba gravemente enferma de los ojos «que los tenía bellísimos», dice el citado autor; el

(1) *La Azucena de Quito*.—Lib. III, cap. V.

dolor que padecía era muy vivo, y el riesgo de perderlos inminente. Los remedios que se le aplicaban en vez de curar el mal servían sólo para acrisolar su paciencia. En tales circunstancias pidió Mariana á la misma amiga que le acercase al rostro aquella santa imagen; y apenas lo hizo, desapareció el accidente, quedándole los ojos tan claros, tan hermosos y tan limpios como si nunca hubiese estado enferma de ellos».

Pero donde más brilló la protección de la Madre de Dios sobre Mariana de Jesús fué en el cúmulo de gracias singulares con que la enriqueció y con las cuales pudo elevarse nuestra heroína á la cima de la más elevada santidad en el espacio de veintiséis años que vivió. María le infundió alientos para distinguirse en el amor de Dios y del prójimo, en la inocencia angélica y en increíble mortificación. Renovó en el Ecuador los ejemplos de San Pedro de Alcántara y de los antiguos anacoretas de la Tebaida y de la Siria. Sus ayunos eran continuos, desgarraba su cuerpo virginal con sangrientas disciplinas.

El bellissimo y amable símbolo con que se la nombra ordinariamente lo debe á un prodigio. Después de muerta brotó en el huerto de su casa un ramo de azucenas fragantísimas. Al arrancar esta flor milagrosa se advirtió con asombro que las raíces que sustentaban el tallo eran hilos de aquella sangre virginal que, arrancada á los rudos golpes de las disciplinas y depositada allí, se había conservado pura, líquida y rubicunda.

Daremos ahora con más detalles la devoción que profesaba Mariana de Jesús á Nuestra Señora de Loreto. Era muy pequeña cuando tuvo la desgracia de perder á sus piadosos padres, y hubo de retirarse á casa de su hermana doña Jerónima de Paredes, casada con el capitán D. Cosme de Caso. En estos distinguidos esposos había prendido la llama de la devoción á Nuestra Señora



ra de Loreto, que con tanto celo propagaban en esa época los jesuitas. Naturalmente procuraron inculcar este amor en el tierno corazón de la que miraban como hija adoptiva, y al efecto le regalaron una pequeña estatua de esta advocación de la Virgen, con el Niño Jesús en los brazos, imágenes que llegaron á ser fuentes copiosísimas de gracias para la inocente doncella. Luego buscó un lugar retirado de la casa, que era espaciosa, y erigió un altar á la santa imagen que cuidaba de adornar con flores y con las frutas de que se privaba en la comida. Celebraba allí las fiestas de la Santísima Virgen en compañía de sus sobrinas. Sacaban entonces en procesión la efigie por los corredores altos de la casa, en cuyas esquinas colocaban altares, para que allí se detuviera la Señora y pudieran cantarle bellísimas letrillas.

Con motivo de estas procesiones realizó Mariana uno de sus primeros milagros que el P. Butrón refiere así: «Colocó en las andas la imagen de la procesión y por aumentar la gala, le puso un curioso velo de seda rosada; ardían enfrente de la imagen, en las andas, dos velitas de cera, que para este fin labraba con sus manos la venerable niña, sin fiar de ajeno cuidado ocupación tan devota. Habíase juntado toda su parentela y algunas señoras... Comenzó la procesión, aplaudiendo todas la fiesta; y cuando estaba la Venerable virgen más divertida en ella, quizá con algún aire violento cayó una vela sobre la toca de la imagen. Comenzó á abrasarse la toca, levantándose tan crecida llama, que puso en sobresalto y lastimó á todas las personas concurrentes la imprevista desgracia. Afligióse en extremo nuestra Mariana, y con un impulso divino y gallarda intrepidez, echó mano del velo que estaba ardiendo, y en el breve espacio que lo tuvo, al desplegarlo, volvió á ponerlo tan entero y vistoso, como si no le hubiese tocado el fuego.

Maravilla que dejó estupefactos á todos los presentes y convencidos de que aquella prodigiosa niña era una alma extraordinaria y muy favorecida de Dios.

Cuando frisaba en los doce años, Mariana se apartó de la familia, y en su propia casa vivió en una celdita, dedicada á la penitencia y á la oración. Las únicas joyas que conservó fueron estampas de sus santos predilectos y sobre todo la imagen de Loreto. Tenía sus recreaciones con el divino Niño. Con ternura sin igual decía á su celestial Señora: «Reina mía, dame licencia para que te ayude á cargar tu Hijo», y quitando de los brazos de la efigie el Niño, lo ponía sobre sus rodillas y le decía mil requiebros, y le besaba los pies y las manos.

En la noche de Navidad arreglaba en su cuarto un nacimiento ó belén, juntaba á sus sobrinos y demás personas de la casa, y los obligaba á ofrecer al Dios recién nacido los ayunos de los nueve días precedentes. Ella entre lágrimas de júbilo contemplaba al divino Infante, y besándole las manos, decía: «Sed bien venido, Señor y Pastor mío, que os habéis dignado venir á buscarme como á oveja perdida por mis culpas; aquí me tenéis: ya me habéis hallado; llevadme, Señor, con vos». Tenía también sabrosos coloquios con la Virgen Madre. Para alegrar al concurso, pulsaba la vihuela entonando alegres villancicos, y decía: «¡Oh! ¿cuándo será ese día que yo tenga esta fiesta en la gloria?»

Pero si tanto amaba Mariana de Jesús á esta imagen de la Santísima Virgen de Loreto, era más encendido aún el amor que profesaba á la que se venera en la iglesia de la Compañía. «En ella tenía sus delicias, dice su biógrafo, porque á su altar acudía en todas las necesidades, visitándola todos los días para pedirle la dirección de sus obras y el alivio de sus aflicciones. Sus comunes jaculatorias con esta Divina Señora no eran



otras que las que dicta un corazón encendido en amor. Llamábala: *Reina mía, Señora mía, Madre mía, Virgen de vírgenes* y otros nombres tan humildes como amorosos». Un testigo ocular afirma á su vez que todos los días le rezaba ciento cincuenta Ave Marias y el oficio parvo.

María de Loreto se complacía en derramar bendiciones y acoger las súplicas de su fiel devota. Sirva de comprobante el siguiente suceso.

Una de las sobrinas de nuestra Beata, llamada Sebastiana Caso, educada en la escuela de su ilustre tía, se había enamorado de la virtud de la castidad, que, siendo muy niña, la ofreció con voto á Jesucristo, prometiendo que jamás recibiría otro esposo que á él. Muchos nobles y agraciados mancebos pretendían su mano; pero tuvieron que renunciar á sus deseos. Al cumplir los diecinueve años, los padres, que ignoraban el voto de su hija, la prometieron por esposo á un gallardo y rico mancebo, acariciando la esperanza que la familia se repondría de la pobreza en que había caído. Mariana y su sobrina acuden á su ordinario refugio, al templo de la Compañía; la primera á invocar á la Virgen de Loreto y la segunda á consultar á su confesor. Éste respondió á su atribulada penitente: «¿De éso se aflige, señora? Pida á su esposo que, atendiendo á su honra, le quite la vida si no hay otro remedio, y se la lleve á celebrar sus bodas en la gloria».

Dirigense las dos esclarecidas vírgenes á la capilla de Nuestra Señora de Loreto á implorar la gracia, y la obtienen; pues allí mismo fué acometida Sebastiana de violenta fiebre que en pocos días la sacó de este mundo y la llevó al cielo á celebrar su místico desposorio con aquel Cordero que se apacienta entre lirios y azucenas. Mariana la exhortaba con estas admirables palabras: «Anda, hija, delante, que poco me llevarás de delante.

ra. La Pascua que viene del Espíritu Santo nos veremos juntas en el cielo».

Y así se verificó. Como en esa época se experimentasen muchos temblores en todo el Ecuador y se temiese la total ruina de Quito, Mariana de Jesús se ofreció como víctima por sus conciudadanos. La divina Justicia aceptó su holocausto; y así la heroína consumó su vida en aras de la más pura caridad el 26 de Mayo de 1645 á la temprana edad de 26 años, 6 meses y 26 días.

Al acercarse su dichoso tránsito parece que los celestes cortesanos se disputaban el honor de comunicarle la dichosa nueva. Se le apareció Santa Úrsula y el cortejo de sus vírgenes; también Santa Gertrudis, la cual le aseguró que su divino Esposo la aguardaba en la gloria con siete riquísimas sortijas, que simbolizan el galardón eterno que le estaba preparado. Santa Catalina de Sena le mostró una corona hermosísima, para que la ciñera el día de la partida, y le participó que el viernes entre las diez y las once de la noche vendrían á llevarla Jesús y Nuestra Señora de Loreto.

Quedó sin habla tres días, como ella lo había pedido, á fin de que nada estorbase su trato con Dios; pero escribió en un papel pidiendo de limosna una mortaja y sepultura en el templo de la Compañía de Jesús.

Las exequias de esta heroína fueron más bien una fiesta que ceremonia fúnebre. Desde los más altos funcionarios públicos hasta los más humildes ciudadanos acudieron á honrar los despojos de su compatriota. La traslación de ellos, desde la casa al templo, se hizo en hombros de sacerdotes vestidos de sobrepelliz, y todos se disputaban el honor de rendir este homenaje á la que ya veneraban como santa. El cadáver despedía un olor tan suave que dejaba perfumadas las calles del tránsito. Al llegar á la iglesia y quedar el cuerpo delante de la imagen de María, abrió sus ojos y brillaron como clarí-



simas luces. El P. Alonso Rojas no pudo menos de exclamar: «¡Válgame Dios! ¡Qué prodigio tan grande!» La Rosa de Lima y la Azucena de Quito son las flores más fragantes y hermosas que América ha ofrecido al Altísimo.

## CAPÍTULO VI

### Nuestra Señora del Quinche (Ecuador)

SUMARIO.—I. El Quinche. II. La Virgen de Oyacachi. III. Ingratitud y castigo. IV. El santuario del Quinche. V. Portentos generales. VI. Favores singulares.

#### I

#### EL QUINCHE

Á cinco leguas del noreste de la católica ciudad de Quito se encuentra un camino, que de la meseta, que allí forman los dos cordones de los Andes, descende serpenteando á manera de gigantesca culebra, y se introduce en angosto y profundo valle, regado por río caudaloso, que se junta al Esmeraldas antes de desembocar en el Pacífico. El camino es triste y fatigoso, pues carece de vegetación, y los rayos del sol caen perpendiculares sobre las áridas rocas, que se encuentran casi en la misma línea equinoccial. Nubes de menudo polvo sofocan al viajero; pero éste sigue jovial y sereno, y al llegar al borde de la meseta, su rostro se ilumina con sonrisa de complacencia, su corazón late á impulsos de la más pura alegría, é instintivamente se descubre la cabeza, y con labios balbucientes recita fervorosa plegaria. Es que ha divisado en lontananza el pequeño pueblo del Quinche con sus blancos caseríos, que rodean el santuario donde se esconde la joya más preciosa, el imán de